

POTTOKA

SANTIAGO YANIZ

Crines al viento

L A dulce silueta de un pequeño caballo en un rojizo atardecer de cualquier montaña de Euskadi, es ya para nosotros una imagen casi familiar. Detrás de ella se encierran infinidad de mitologías y la curiosa particularidad de una raza de caballos peculiar y de origen ancestral. El pottoka debe de representar para nosotros un símbolo de la pervivencia de nuestras propias raíces.

El macho, que ya ha cubierto a la hembra, permanece junto a ella varios días hasta que ésta se reintegra nuevamente a la manada.



Historia, población y distribución

Numerosos grabados y pinturas rupestres en Euskadi —Ekain, Etxeberri, Santimamiñe...— tienen como sujeto de representación la cabeza del caballo, presa favorita de los cazadores del Magdalenienense, y se puede encontrar también la imagen de un pottoka poco evolucionado en grabados sobre hueso. Estos vestigios y algunas cuevas-santuario con sus restos, permiten afirmar que el caballo ha vivido en las montañas desde el Paleolítico y, con frecuencia, se le ha otorgado un carácter sagrado o totémico. De origen en el Pleistoceno o en los poneys de la Edad del Bronce, según diferentes teorías y con una evolución casi desconocida, la actual raza de pottoka es un testimonio vivo del pasado, conservado gracias a ocupar siempre biotopos profundamente originales. Hay que apuntar en la actualidad un importante fenómeno de hibridación que pone en peligro la pureza de la raza.

Próximos de raza son los «asturcones», también pequeños caballos que viven en libertad y los poneys «Barthais» extinguido al final del período entreguerras y el «Landais» desaparecido como raza pura en 1946, ambos franceses.

Una de las características de la población del pottoka ha sido su fuerte densidad en relación a la extensión de su hábitat tradicional.

En Iparralde fueron censados en 1970, 3.500 caballos de raza pura, a los que habría que sumar unos 2.000 en Hegoalde, con un mayor índice de hibridación. Antes la cifra fue mayor pero, por razones comerciales y de uso de las tierras de monte bajo, la población tiende a descender aunque la calidad de la raza se incrementa por las medidas de protección. El pottoka se asienta principalmente en un área que abarca una estrecha zona de Lapurdi, Behenafarroa y Nafarroa, que se extiende a lo largo de la muga. Este área está delimitada al oeste por el océano Atlántico y al norte por una línea que pasa por Donibane Lohitzun, Espelette, Hasparren, Iholdi y Donibane Garazi, y al sur, en Nafarroa, por Bera, Etxalar y Elizondo. Pueden encontrarse algunas variedades, en general muy hibridadas, de pottoka en los montes de Bizkaia, Gipuzkoa y Araba.

Un caballo rústico

Despierto, inteligente, elegante, de paso limpio y temperamento enérgico, dulce pero temeroso; así es el pottoka, un caballo con un gran instinto de defensa que ha adquirido de su vida en libertad.

El pottoka es un poney muy rústico, de un tamaño medio entre 1,15 y 1,47 m., cuyo peso puede oscilar entre 300 y 350 kg. La cabeza es el símbolo de su energía y vivacidad; de proporciones clásicas es casi idéntica a la del caballo del Pleistoceno: fuerte, de perfil rectilíneo ligeramente cóncavo al nivel de los ojos y de orejas cortas en posición alta y avanzada. Sus ojos grandes, de un color gris azulado entre la larga mecha de crin

que cae sobre su frente le dan un aire despierto. El cuello es más bien corto, con abundante y larga crin que ondea al viento en el galope. El pecho es abierto y la espalda ancha y alargada, con la grupa ligeramente caída y rematada por una tupida cola de arranque bastante bajo. Las patas son cortas y fuertes, con pequeños y duros cascos.

El pelaje es una de sus características singulares. Los jóvenes se cubren en otoño de un verdadero manto formado por una espe-

cie de borra lanosa con pelos de hasta 10 cm., lo que les permite resistir a los rigores del invierno. En primavera mudan este manto, que cae a mechones, para transformarse en un corto y lustroso pelo. Los adultos también sufren esta transformación pero sin alcanzar el pelaje de los jóvenes. Sucede que cuando más adelgaza el pottoka en invierno más se alarga su pelo, compensando así la falta de protección ocasionada por el consumo de la grasa.



EL COLOR DEL PELAJE
PUEDE SER DIVERSO:

pardo rojizo, pardo oscuro, negro, alazán, pinto pardo, pinto rojizo o pinto tricolor. El pardo rojizo es el más extendido y corresponde al tipo y color original del pottoka.



▲ *Los pottokas y especialmente los jóvenes se cubren en otoño de un espeso pelaje.*

► *En los rudos calores del verano los helechos proporcionan algo de frescura y cobijan el pasto fresco.*



Hábitat y costumbres

La constitución del pottoka es debida a la adaptación a las condiciones de vida que su medio le ha impuesto. La reciente diseminación de la raza fuera de Euskadi ha mostrado su maleabilidad observándose grandes diferencias entre los caballos nacidos y criados en la montaña y los de la llanura. El hábitat tradicional del pottoka son las montañas mugalaris de Lapurdi y las dos Nafarroas. Es una región de relieve gastado y montes menores de 1.500 m.; el clima oceánico es muy húmedo, con temperaturas suaves, lluvias frecuentes y nieblas y días cubiertos. La vegetación está formada por brezos, argomas y helechos y, en algunos puntos, hayas y robles y algunas zonas de coníferas. El aprovechamiento de los pastos por parte del pottoka puede realizarse en convivencia con el ganado lanar ya que si las ovejas comen las puntas de la hierba, el pottoka come los tallos y hierbas duras, así como los brotes de las argomas.

El pottoka es un caballo social que vive en manadas formadas por una cantidad variable de 10 a 30 hembras y un macho, con lazos de unión muy específicos reforzados en primavera y al comienzo del verano. Cada manada ocupa siempre el mismo territorio que conoce bien, dispersándose en una zona de unas dos hectáreas, reagrupándose ante la presencia de intrusos o para desplazarse. Su desplazamiento tiene relación con la meteorología: si bajan al valle es porque un frente de mal tiempo se acerca y si suben a las cumbres es porque se establece un anticiclón o se avecina. Estos desplazamientos están controlados por el macho de la manada y se efectúan en un orden jerárquico.

A partir de agosto la manada se disgrega en pequeños grupos por la falta de pastos permaneciendo separados hasta el otoño.

Las yeguas establecen relaciones amistosas entre sí y siempre hay una en el grupo, que dirige. Los pottokas disponen de un refinado sistema comunicativo a base de sonidos y gestos. En las manadas se establece

una jerarquía matriarcal con un gran respeto hacia las yeguas viejas. El grupo es controlado y dirigido por un macho reproductor que hace de jefe y que reúne y dirige la manada de febrero a agosto, manteniéndola en un territorio determinado: permanece siempre separado de las yeguas en algún promontorio o moviéndose en posición favorable respecto al viento para percibir el olor de las hembras. Delimita su territorio depositando los excrementos en montones regulares que sitúa en varios puntos, generalmente sobre los de las hembras. Si corresponden a los de una hembra en celo, el macho eleva la cola y enseña los dientes partiendo en busca de ella. Los intrusos reconocen este comportamiento como signo de propiedad.

Cuando un macho entra en el terreno de la manada para competir con su jefe se

planta ante él; los dos se entrecruzan las miradas e inician un ritual combate lanzándose uno contra otro con ojos fieros y enseñando los dientes dispuestos a morderse. Se levantan sobre los cuartos traseros, patean, se mordisquean y cocean. Una y otra vez se repiten los ataques hasta que el vencido se retira sumiso. Si el agresor resulta vencedor, no adquirirá el status del vencido hasta la época de celo del año siguiente. Los jóvenes constituyen en la manada una jerarquía inferior y las hembras no se integran hasta los dos ó tres años, y hasta entonces son vivamente molestadas durante el tiempo de celo. Los potros son soportados por el garañón pero durante la época de celo son expulsados y se mantienen alejados de la manada; a partir del segundo año caminan errantes en busca de un grupo de yeguas

La rústica silueta del pottoka compone una bella estampa integrada en el paisaje natural.



libres y sólo después del tercer año de edad los que no tengan grupo se atreverán a enfrentarse con los jefes.

Ciclos de reproducción

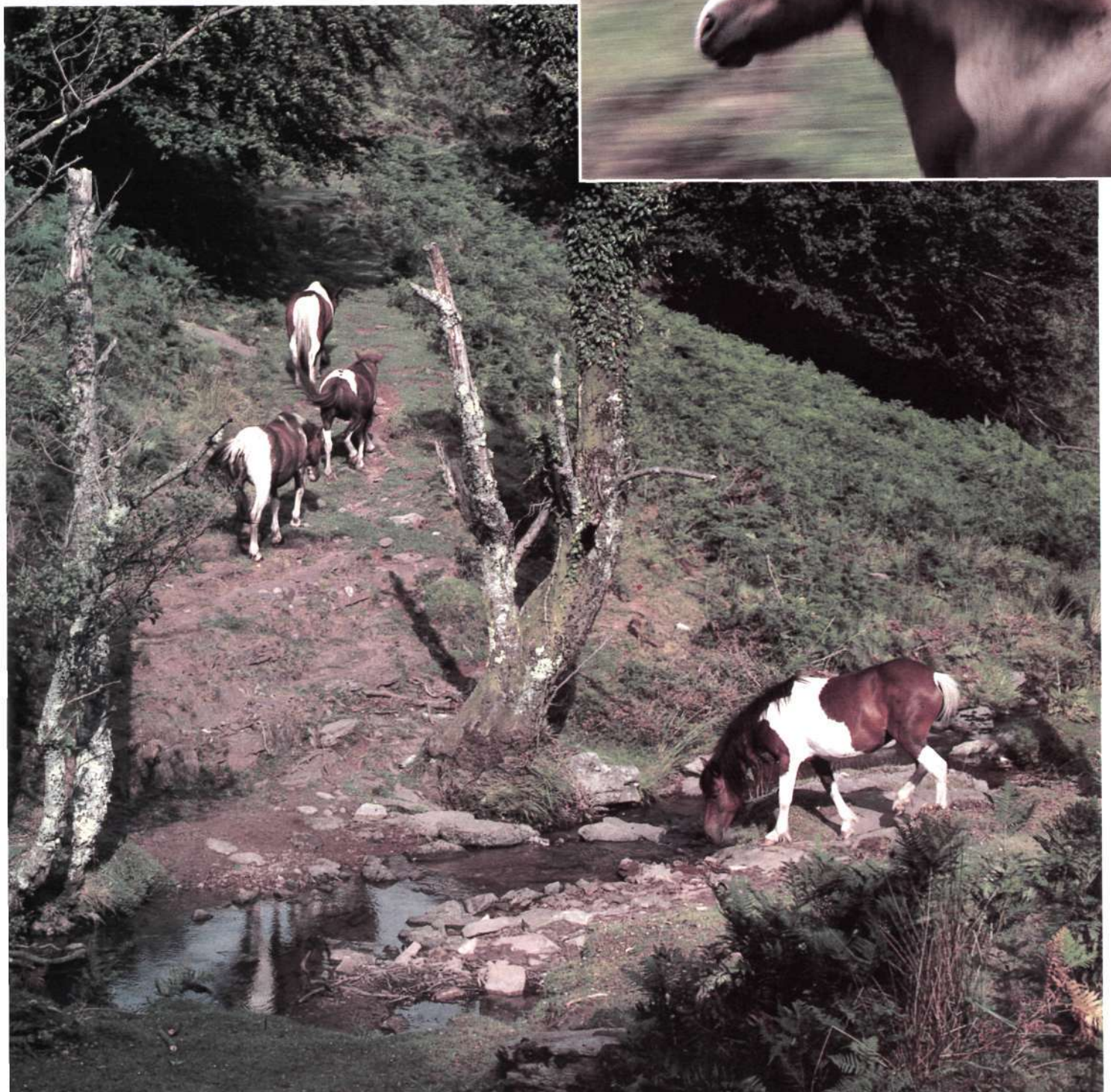
Los machos son aptos para la reproducción desde los dos años, pero no alcanzan la madurez hasta los cuatro ó cinco, cuando adquieren su aspecto definitivo. Las hembras son cubiertas a los tres años y crían a los cuatro.

La época de celo tiene lugar en primavera y verano, cuando la temperatura es suave y los pastos ricos. Las hembras fértiles orinan en esta época con mucha más frecuencia de lo habitual y se muestran muy nerviosas. Cuando el macho distingue su olor relincha

y se dirige al galope hacia la hembra fértil. Ambos se resoplan con fuerza y después, bruscamente la hembra da un par de patadas al macho que, sorprendido, grita y salta. Si esta resistencia persiste el pretendiente se retirará, aunque repetirá las maniobras du-

rante varios días hasta que la hembra, sintiéndose dispuesta, ceda al ardor del macho. Casi siempre, al atardecer o en la oscuridad, y tras una breve persecución, el macho se coloca junto a la hembra olisqueándola por todo el cuerpo y, brusca-

La orografía y el terreno son perfectamente conocidos por los caballos, que recorren caminos habituales en busca de pastos y agua.





El terreno montañoso de pastos pobres y clima rudo constituye el hábitat típico que ha configurado las características físicas del pottoka.

lia y España. Una vez que la demanda de las minas cesó, la venta se encaminó hacia el uso carnicero y las fábricas de embutidos.

En los últimos años, el destino del pottoka ha dado un giro sensible; reconocido en 1970 oficialmente como raza por la Administración francesa, se comenzó al otro lado del Pirineo a aplicar nuevos usos de este animal y potenciar la pureza de su raza. La preparación como caballo de silla y monta lo hace asequible como caballo doméstico y se está poniendo de moda la organización de paseos y recorridos a lomos de pottoka. A este lado del Pirineo, el Gobierno Vasco ha comenzado a adoptar desde hace años medidas de estudio y protección para conservar la existencia de la raza en los montes del País.

Ahora, como casi siempre, las ferias locales son el principal encuentro del pottoka con el hombre; Helette y Zumarraga son las más importantes. Allí, llegados desde Lapurdi y Nafarroa los pottokas y otras razas se mezclan con el ajetreo de gentes llegadas de todo Euskadi. De cuando en cuando, entre bullicio y relinchos, se puede apreciar un corro en el centro del cual varias voces discuten en euskera el precio de uno o varios caballos: «hogei, hogeita-bost, hogeitahiru, hogeitahiru-bale!» y cuatro manos se aprietan una sobre otra al más viejo estilo de forjar palabras. Entre el público se podrá ver algún vivo pottoka que salta y relincha negándose a perder su libertad, añorando su verdadera tierra, que es la montaña.

mente, se apartará para que ella se coloque en posición favorable. Durante la cubrición el macho mordisquea la crin de la yegua y luego se deja deslizar al suelo de forma relajada. En los días siguientes, la hembra permanece junto al macho hasta volver progresivamente a integrarse en la manada.

Tras once o más meses de gestación, la yegua se retira sola a algún rincón que ya había localizado para el parto. Nada más producirse éste, se yergue cortando el cordón umbilical y mordiendo la bolsa en que se encuentra el potro, quien, tras respirar aire del exterior se levanta titubeando, cae, se levanta de nuevo y, ayudado por su madre que lo lame con cariño, toma su primera leche con avidez. Hasta pasar varios días, la yegua y su potro no se reintegran a la manada. El destete llega a los 6 ó 7 meses o con la llegada del próximo parto, momento en que los potros están ya fuertes y comen hierba.

noche por la montaña. También desde el siglo XVI eran muy solicitados para el trabajo en los circos, pero principalmente fueron empleados como caballos de tiro en las minas de carbón por su pequeña estatura y robustez; eran vendidos con uno y dos años y enviados al norte y al este sobre todo a Ita-

Pottokas en Zaldueño.

Fotos del autor.



Pasado y presente

En origen un caballo salvaje, el pottoka, se transformó con el tiempo en un animal libre pero utilizado como fuente económica.

Fueron utilizados en el caserío para el transporte de leche y otros productos. Sustituidos por asnos y mulas que podían desarrollar mayor trabajo, el comercio de pottokas adquirió otras variantes. Fueron utilizados para el contrabando entre Francia y España cargando varias yeguas de una manada y haciéndolas cruzar la muga de